

LUIS ALBERTO ROMERO

BREVE HISTORIA
CONTEMPORÁNEA
DE LA ARGENTINA
1916-2016

Edición definitiva



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ECUADOR - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 1994
Segunda edición ampliada, 2001
Tercera edición revisada y aumentada, 2012
Cuarta edición revisada y ampliada, 2017

Romero, Luis Alberto

Breve historia contemporánea de la Argentina : 1916-2016 /
Luis Alberto Romero ; prefacio de Luis Alberto Romero. - 4a ed.
ampliada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cul-
tura Económica, 2017.

439 p. ; 23 x 16 cm. - (Tezontle)

ISBN 978-987-719-129-5

1. Historia Argentina. 2. Historia Contemporánea. I. Romero,
Luis Alberto, pref. II. Título.
CDD 982

Distribución mundial

Diseño de tapa: Juan Balaguer

Foto de solapa: Rafael Calviño

D.R. © 2017, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738
Ciudad de México

ISBN: 978-987-719-129-5

Hecho el depósito que marca la ley 11723.

Se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2017
en Nomos Impresores, Diagonal 18 Bis N° 41-17, Bogotá, Colombia.
La tirada fue de 7.500 ejemplares.

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN COLOMBIA - *PRINTED IN COLOMBIA*

Índice

<i>Prefacio a la cuarta edición</i>	9
<i>Prefacio</i>	13
I. 1916.....	17
II. <i>Los gobiernos radicales, 1916-1930</i>	43
III. <i>La restauración conservadora, 1930-1943</i>	77
IV. <i>El gobierno de Perón, 1943-1955</i>	111
V. <i>El empate, 1955-1966</i>	153
VI. <i>Dependencia o liberación, 1966-1976</i>	195
VII. <i>El Proceso, 1976-1983</i>	239
VIII. <i>El impulso y su freno, 1983-1989</i>	275
IX. <i>La gran transformación, 1989-1999</i>	305
X. <i>Crisis y reconstrucción, 1999-2005</i>	339
XI. <i>Una oportunidad perdida, 2005-2015</i>	367
<i>Epílogo</i>	409
<i>Bibliografía</i>	419
<i>Índice de nombres</i>	431
<i>Índice general</i>	437

Para Ana y José Luis

Prefacio a la cuarta edición

CREO que una vez publicado, un libro debe ser para el autor un caso cerrado: vive su vida, es leído, envejece; lo más que se puede esperar es que lo haga con dignidad. Pero hay ocasiones –por cierto, felices– en que el autor debe seguir ligado a su libro, sumarle nuevos capítulos y asumir el riesgo de que se transforme en una novela por entregas. Lo he hecho varias veces, impulsado por su amplia utilización en cursos básicos, en los que estoy convencido de que la historia debe prolongarse hasta el presente inmediato.

Este libro se publicó inicialmente en 1994 y concluía en 1989, aunque incluyó un primer balance de la gran transformación de los años noventa. En 2000, agregué un capítulo sobre los años de Menem sin modificar el resto. Por entonces, se tradujo al inglés y al portugués, lo que aumentó los incentivos para volver a actualizarlo. En 2012 agregué dos capítulos, uno centrado en la crisis de 2001 y los años inmediatamente anteriores y posteriores, y el otro, en los años de apogeo de Néstor Kirchner hasta su muerte en 2010. En esta nueva edición, completo el ciclo kirchnerista explicando los años, memorables en muchos sentidos, en que Cristina Kirchner se propuso “ir por todo” y fracasó.

Al agregar nuevos capítulos, se hacen más evidentes los problemas de la unidad de criterio. Los años pasan y la perspectiva del pasado cambia para todos; también para el historiador. Por eso en 2012, además de agregar un par de capítulos nuevos, revisé todo lo posterior a 1976. Quizá debería haber reescrito el libro completo, pero esa empresa superaba mis fuerzas. Los cambios fueron menores en el capítulo VII, sobre el Proceso, y

en el VIII, dedicado al gobierno de Alfonsín. Fueron más sustanciales en el IX, sobre el período de Menem, que encontré un poco farragoso, excesivamente adjetivado y algo desenfocado. Esta vez, mantengo en sustancia lo dicho hace cuatro años, aunque sacando un poco de hojarasca. Es posible que dentro de un tiempo encuentre esos mismos problemas en la sección que ahora agrego. Creo que es inevitable cuando se trata algo muy próximo. Al mirar esta época reciente, cerrada el 10 de diciembre de 2015, confieso que me falta la ternura y la condescendencia que me inspiran los períodos pasados, incluidos los años de Menem, y soy consciente de que ese estado de ánimo no ayuda a entenderla.

También puedo mirar en perspectiva, y con algún distanciamiento, mi propio texto. Como se advertirá en el prefacio a la primera edición, de 1994, el texto está fuertemente marcado por la elección de Raúl Alfonsín y la experiencia democrática que por entonces se inició. El libro se articuló en torno al problema de la democracia y sus variantes. En aquel momento, creía que el país había encontrado el rumbo político adecuado: democracia institucional, Estado de derecho, pluralismo, ciudadanía. En 2000, ya podía percibir cuánto se había alejado de aquel rumbo, pero confiaba en que lo retomaría. La experiencia del kirchnerismo me convenció de que lo de 1983 había sido una ilusión, una especie de paréntesis o de recreo, y que con rapidez renacía la vieja Argentina política, aunque en condiciones sociales muy diferentes. A fines de 2015, de la construcción democrática de 1983 sólo estaba plenamente vigente el sufragio, que es mucho, pero no suficiente para una democracia institucional. La empobrecida sociedad no era propicia para generar ciudadanos. La palabra democrática era apenas una entre varias, y los discursos dominantes estaban casi en las antípodas. Hasta los principios de los derechos humanos, piedra fundamental de aquel experimento democrático, habían sido reformulados en sentidos diferentes.

Sería incorrecto atribuir solamente al ciclo kirchnerista esos cambios, que en mi perspectiva actual arrancan en la década de 1970. Por entonces, la Argentina inició una gran transformación, y los problemas de la democracia son insuficientes para explicarla. Creo que en el centro de ese proceso –que hoy esperamos revertir– se encuentra el Estado. Las modificaciones que en 2014 introduje en el texto se proponían subrayarlo, y lo que ahora agrego lo ratifica.

Antes de los años setenta, la Argentina tuvo un Estado potente, aunque colonizado por los intereses que lo explotaban. Desde entonces, los sucesivos gobiernos –salvo el de Alfonsín, que al respecto fue neutro– se dedicaron a desarmar el Estado, inutilizar sus agencias e instrumentos de control y dejarlo inerme en manos de los gobiernos. En este aspecto, cada gobierno le ha impreso a su acción un sentido diferente; sin embargo, he tratado de señalar llamativas continuidades entre la política de Videla y Martínez de Hoz y la de Menem y Cavallo.

También percibo una continuidad, más profunda, entre los años de Menem y los de Néstor y Cristina Kirchner. Uno y otros encontraron la forma de manejarse con un Estado débil. Hallaron también la fórmula para extraer de una sociedad empobrecida los sufragios necesarios para legitimar su poder. En ese sentido, creo que puede hablarse de un “segundo peronismo”, comparable por su duración y carácter sistemático con el de 1945-1955. Este segundo peronismo se construyó desde 1983, alcanzó el poder en 1989 y lo conservó hasta el 10 de diciembre de 2015.

El reciente triunfo de la coalición Cambiemos y la elección de Mauricio Macri como presidente cierran un ciclo y probablemente inicien uno nuevo. Al menos, esas son las intenciones de los nuevos gobernantes, de la ciudadanía que los llevó al gobierno y también de una parte de quienes votaron por su competidor, Daniel Scioli. En la agenda de Cambiemos están los problemas que –como se señala en el libro– son el meollo del largo ciclo decadente de la Argentina: el Estado, las instituciones de la República y el consolidado mundo de la pobreza. Pero además hay una serie de cuestiones y escollos, menos importantes pero mucho más urgentes, que en definitiva serán decisivos para que este nuevo proyecto se afiance. Como dice la vieja maldición china, a la Argentina le esperan tiempos interesantes. Hoy abandono este esforzado intento de mantener actualizado este texto. Espero que quienes en el futuro encaren una empresa similar puedan concluirarla con algo más consistente que mi modesta esperanza actual: que la Argentina sea un país normal.

Al terminar mi propia historia con este libro, vuelvo al comienzo, para reiterar mi agradecimiento a Alejandro Katz, que hace más de veinte años me embarcó en esta aventura que hoy termina. A lo largo de las sucesivas ediciones, Juan Carlos Korol, Ricardo Sidicaro, Aníbal Viguera, Mario Grus-

koin y Gabriel Palumbo me ayudaron a reducir errores que, sin embargo, no he podido eliminar totalmente. También mi hija Ana, ya historiadora, durante varios años fue señalándome aciertos e imperfecciones y, sin proponérselo, me alentó a mantener este texto ligado al presente.

10 de abril de 2016

Prefacio

EN ESTA EXPOSICIÓN sintética de la historia de la Argentina en el siglo xx, no me he propuesto –como suele ser común en este tipo de libros– ni probar una tesis ni tampoco encontrar aquella causa única y eficiente de un destino nacional singular y poco afortunado; sólo se trata de reconstruir la historia, compleja, contradictoria e irreductible, de una sociedad que sin duda conoció épocas más brillantes, que se encuentra hoy en uno de los puntos más bajos de su decurso, pero cuyo futuro no está –confío– definitivamente cerrado. Las cuestiones en torno a las cuales este texto se organiza –preguntas nacidas de nuestra experiencia, angustiada y desconcertada– son sólo algunas de las muchas posibles, y su explicitación da cuenta del voluntario acotamiento que un intento de este tipo requiere.

El primer interrogante se refiere al lugar que hoy existe en el mundo para la Argentina –que tan seguramente se ubicó en él hace sólo cien años– y a la organización económica factible para asegurar a nuestra sociedad algunas metas mínimas como un cierto bienestar general, un progreso razonable, una cierta racionalidad. Una pregunta similar se hicieron Alberdi, Sarmiento y quienes hace casi un siglo y medio trazaron el diseño de la Argentina moderna. Pero, a diferencia de las circunstancias en que nuestros padres fundadores la formularon, la respuesta no es hoy ni obvia ni evidente. La misma pregunta se enuncia desde una perspectiva más modesta y a la vez mucho menos ilusionada que hace ciento cincuenta años, pues hoy un *aurea mediocritas* nos parece un destino más que apetecible.

El segundo interrogante se refiere a las características, las funciones y los instrumentos que debe tener el Estado para garantizar lo público, regular y racionalizar la economía, asegurar la justicia y mejorar la equidad en la sociedad. Nuevamente, la pregunta traduce, en un plano mucho más modesto, cuestiones que nuestra sociedad discutió y resolvió de una cierta manera, hace quizá medio siglo, proponiendo soluciones que hoy están agotadas o que han sido deliberadamente descartadas, pero sin que otras las hayan reemplazado.

El tercer interrogante se refiere al mundo de la cultura y a los intelectuales, y a las condiciones que pueden estimular la existencia de una creación y un pensamiento que sean a la vez críticos, rigurosos y comprometidos, y que cumplan una tarea útil y aprovechable para la sociedad, explicando la realidad y proponiendo alternativas. Así ocurrió en la Argentina del Centenario, en la efímera experiencia de la década de 1960 o en la más breve aún del ilusionado retorno a la democracia, lo suficientemente cercanas como para recordarnos que tal conjunción no suele ser ni natural ni fácil.

Todo ello confluye en las dos cuestiones más angustiantes, aquellas en las que más se advierte que nuestro país está hoy en una encrucijada: la de la sociedad y la de la democracia. ¿Qué posibilidades hay de salvar o reconstruir una sociedad abierta y móvil, no segmentada en mundos aislados, relativamente igualitaria y con oportunidades para todos, fundada en la competitividad pero también en la solidaridad y la justicia? Todo ello constituyó el legado, hoy mejor apreciado que nunca, que se fue construyendo a lo largo del último siglo y medio, y cuyo impulso perdura hasta un momento no demasiado lejano, ubicado quizá veinte años atrás, cuando la tendencia comenzó a quebrarse y a invertir su sentido.

Sobre todo: ¿qué características debe tener el sistema político para asegurar la democracia, y hacer de ella una práctica con algún sentido social? En este caso, el pasado se nos muestra rico en conflictos, pero no es fácil contabilizar en él demasiados logros, ni siquiera en las épocas de vigencia formal de la democracia, en las que pueden percibirse, *in nuce*, las prácticas que llevaron a la destrucción de un sistema institucional nunca del todo maduro, cuya construcción se nos aparece como la tarea de Sísifo. Quizá por eso, el último interrogante es hoy el primero: cuál es el destino de nuestro sistema republicano y de la tradición que lo alimenta. Volvemos

aquí a Sarmiento y a Alberdi, a una tarea que un poco ingenuamente considerábamos realizada y cuyos frutos hoy parecen frágiles y vulnerables.

Un libro guiado por tales preguntas es a la vez un trabajo de historiador profesional y una reflexión personal sobre el presente. No podría ser de otro modo: todo intento de reconstrucción histórica parte de las necesidades, las dudas y los interrogantes del presente, procurando que el rigor profesional equilibre la labilidad de la opinión, pero sabiendo que habitualmente la ecuación se desbalancea hacia este último extremo cuanto más cercano está el tema a la experiencia de quien lo trata. En verdad, escribir este texto me ha llevado, en buena parte, a alejarme de un estilo de trabajo más habitual y a sumergirme en mi propia historia y en mi experiencia de un pasado aún vivo.

Tuve una primera comprobación de esto al intentar aprovechar los materiales usados hace veinte años —cuando, trabajando con Alejandro Rofman, esboqué un esquema de la historia argentina—, y descubrir que poco de ello me era útil hoy. Las preguntas de entonces apuntaban a explicar las raíces de la dependencia y sus efectos en las deformaciones de la economía y de la sociedad. Las cuestiones relativas a la democracia y a la república no nos parecían relevantes y, en general, la política aparecía apenas como un reflejo de aquellas condiciones estructurales o, por el contrario, como el lugar no condicionado donde, con voluntad y poder, tales condiciones podían ser cambiadas, pues en la conciencia colectiva de entonces la percepción de la dependencia se complementaba con la búsqueda de algún tipo de liberación.

Se trata, me parece, de un buen ejemplo de lo que es un tópico de nuestro oficio: la conciencia histórica guía el saber histórico; éste puede controlarla, someterla a la prueba del rigor, pero no ignorarla. En períodos anteriores, probablemente el eje de una reconstrucción histórica de este tipo habría sido puesto en la justicia social y la independencia económica; más atrás aún, en el progreso y en la modernización social, o aun en la constitución del Estado y la nación. Ciertamente, esas perspectivas no desaparecen para el historiador, y están incorporadas a este relato como lo que en sus tiempos fueron: aspiraciones, ideologías o utopías movilizadoras. Los problemas a que se referían están también presentes en las preguntas de

hoy, pero el orden, los encadenamientos y los acentos son diferentes, como lo atestiguan las preguntas que organizan este texto, pues el mundo en que vivimos, cuyos rasgos definitivos apenas vislumbramos, es radicalmente distinto no sólo del de hace cien o cincuenta años, sino del de apenas veinte años atrás.

Suele decirse que quien escribe piensa implícita o explícitamente en un lector. Empecé a escribir este texto pensando en mis colegas, pero progresivamente me di cuenta de que mi lector implícito eran mis hijos, y los de su edad, adolescentes y niños: los que casi no tienen noticias de nuestro pasado reciente, ni siquiera de los horrores más cercanos, pues nuestra sociedad cada vez cuida menos de su memoria, quizá porque hoy padece de una gran dificultad para proyectarse hacia el futuro. En varias partes del texto quise tan sólo dejar un testimonio, quizás académicamente redundante pero cívicamente necesario, pues sigo convencido de que sólo la conciencia del pasado permite construir el futuro. En tiempos en que al pesimismo de la razón se suma también el del corazón, quiero seguir creyendo en la capacidad de los hombres para realizar su historia, hacerse cargo de sus circunstancias y construir una sociedad mejor.

Agradezco a Alejandro Katz su confianza en que pudiera escribir este libro. A Juan Carlos Korol y Ricardo Sidicaro, su lectura atenta y sus observaciones; sólo lamento no haber sabido aprovechar sus sugerencias en todos los casos.

Cuando empecé a trabajar en este texto, le pedí a Leandro Gutiérrez que cumpliera esa función de lector crítico, y me prometía, como era habitual entre nosotros, un diálogo poco complaciente y muy fecundo. Siento que no haya podido ser así, pero estoy seguro de que mucho de su espíritu, agudo, hasta ácido, pero enormemente cálido, está presente en estas páginas, pues con nadie como con él –salvo con mi padre– he aprendido tanto de la historia.

15 de octubre de 1993